



BICENTENARIO
PERÚ 2021

Bitácora del taller comunitario de escritura:

¿Cómo narrarnos?

A cargo de Katya Adui





BIBLIOTECA BICENTENARIO
Libros desde la pandemia, 4

¿Cómo narrarnos? Bitácora del taller comunitario de escritura.

Lima, junio de 2021

© Ministerio de Cultura del Perú
Sello editorial - Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú
Av. Javier Prado Este 2465, San Borja 15021, Lima - Perú
www.bicentenario.gob.pe

Ministro de Cultura: Alejandro Neyra Sánchez
Directora ejecutiva del Proyecto Especial Bicentenario: Laura Martínez Silva
Director (s) de la Unidad de Gestión Cultural y Académica-PEB: Víctor Arrambide Cruz

Cuidado de la edición: Jaime Vargas Luna
Coordinación: Bertha Prieto Mendoza
Diseño y diagramación: Ximena Collado Saavedra y Juan Carlos Taboada Sánchez

ISBN: 978-612-48506-0-8
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-05830

Libro electrónico disponible en www.bicentenario.gob.pe/biblioteca

Se permite la reproducción parcial siempre y cuando se cite la fuente.

Bitácora del taller comunitario de escritura:

¿Cómo narrarnos?

A cargo de Katya Adui



PERÚ

Ministerio de Cultura



BICENTENARIO
PERÚ 2021

Cartografiar la propia historia

Por Katya Adui

Más de 390 personas, repartidas en todo el territorio peruano, respondieron a la convocatoria para participar en el taller comunitario: ¿Cómo narrarnos? Veinte fueron elegidas por el Proyecto Bicentenario por sus ideas de comunidad.

Durante tres sesiones no consecutivas de dos horas y media cada una, nos juntamos para explorar, pensar, dudar y crear, pese a la parálisis y la incertidumbre. En plena pandemia de COVID-19, estos encuentros solo podían ser virtuales.

El método: una consigna sorpresa y quince minutos de escritura. La premisa: escribir para descubrir, para conmover, desde lo que no sabemos que sabemos.

Compartimos los textos en voz alta -sin mostrarlos en pantalla- entrenando la memoria, el ejercicio crítico y la escucha activa. Cada quien desde su realidad y paisaje. A medida que avanzábamos, los textos crecieron en rigor y despliegue, así también las devoluciones. Editándonos, a partir de conceptos y técnicas, acompañándonos y alentando en la otra y el otro una sensibilidad narrativa.

Para el desarrollo de esta bitácora, la edición ha sido mínima, sin alterar el sentido ni las vibraciones de los textos, tal como fueron las devoluciones en vivo. Antes, fueron leídos por sus autoras y autores en la Feria Internacional del Libro de Lima, edición 2020.

Escritura al vuelo del propio asombro, materia viva que hoy se abre a ustedes.

Encontrarán ríos, migración, terremotos, aridez, paradojas, ficciones. La soberanía del lenguaje.

Se han apropiado de su país telúrico, del espíritu de su tiempo, de la propia biografía personal y política. Sobre todo, de su lugar en el mundo.



Escribir desde las comunidades, encarar los conflictos

Por Estefani Veli, participante del taller

El taller ¿Cómo narrarnos? surgió como un pase libre a reafirmar mis ideales de seguir escribiendo. En cada sesión descubría que llenar el papel con el solo deseo de terminar rápido no es lo mejor, que lo genuino que mis pensamientos pudieran crear iba a estar ahí, en la honestidad. Un fragmento fugaz, escrito en minutos, puede también llegar a transmitir tanto más o igual que una página completa y premeditada, la calidez de las palabras hecha obra pueden disfrutarse en ambas. Y eso hizo este espacio conmigo, empatizó mi yo con el resto, con mis anécdotas, mis historias, que ya no son distantes. Suelo utilizar y compartir en mis conversaciones el concepto trascender, tenerlo como base en mi formación personal y académica, como instrumento para lograr el bien común. Como nos dice José María Merino: “Escribir es ordenar el mundo; explicar al ser humano moviéndose en la realidad; saber cómo somos...”.

El paisaje jugó un importante rol en todo nuestro taller, un paisaje con distintos rostros que no se encerraba entre la naturaleza o la urbe, sino un “paisaje imagen” que liberó nuestra imaginación y creatividad. Escribimos desde nuestra visión y las memorias como reminiscencias o acometidas, aquí cada historia es original y no se juzgan las ideas. Vienen desde cada una de nuestras diferentes comunidades y dan cuenta de conflictos y realidades que existen en nuestra sociedad.

A propósito del Bicentenario, ¿pensar juntos puede acercarnos a entender más sobre identidades, colocarnos en la piel de los otros y las otras, ayudarnos a entender nuestro entorno más sabiamente? Porque tener voz es mejor que el silencio.

¿Cómo narrarnos? Hay que narrarnos como réplica de sinceridad. Estos escritos que irás descubriendo son fundamentales para seguir formando personas capaces de entender diferentes perspectivas. Ojalá encuentres en ellos una ventana de verdades con experiencias de vida, sucesos entre la dualidad de lo cotidiano y lo real, retratados desde la inquietud, la certeza de expresar el sentir del momento y nuestras reflexiones. Los personajes y las situaciones viven conflictos universales y sus decisiones son fundamentales para que continúen con sus destinos.

Quiero terminar agradeciendo a la profesora del taller, Katya Aduai, y a Bertha Prieto, coordinadora del taller del Proyecto Bicentenario, por inspirarnos.



Ellas y ellos participaron en el taller ¿Cómo narrarnos?

Haz click sobre cada nombre
para explorar sus textos

Yemira Maguiña

30 años / Puno, Puno, Puno

Profesora de Lengua y Literatura. Interesada en la educación, la vida comunitaria y la Literatura.

Estefani Veli

22 años / Pangoa, Satipo, Junín

Arquitecta de la Universidad Continental, beneficiaria de Pronabec, interesada en la Literatura y en contribuir a mejorar el Perú.

Mirella Uribe

33 años / San Miguel, Lima, Lima

Forma parte de Valle Colorete, espacio cultural de fomento a la lectura y de Yachaywasi que trabaja por la igualdad de género, la cultura y la educación.

Raúl Romero

38 años / Cayma, Arequipa, Arequipa

Coordinador de Bibliobici, una biblioteca itinerante que comparte libros de forma gratuita.

Gina Pinasco

51 años / San Borja, Lima, Lima

Participante del club de lectura de la Municipalidad de San Borja y voluntaria del servicio psicológico gratuito de la Universidad Continental.

Eliana del Campo

26 años / Trujillo, Trujillo, La Libertad

Conforma la Asociación cultural Habitación Propia, círculo de escritura y lectura feminista.

Brandon Távara

22 años / Ate Vitarte, Lima, Lima

Periodista aficionado a las crónicas e historias sociales.

Claudia Ale Flores

21 años, Tacna, Tacna, Tacna

Forma parte de la organización juvenil Vanguardia.

Diego Álvarez

22 años / Ayacucho, Huamanga, Ayacucho

Científico social del Grupo de investigación Sociedad y Desarrollo (UNMSM), interesado en los medios de comunicación, las Ciencias Sociales y la Literatura.

Ellas y ellos participaron en el taller ¿Cómo narrarnos?

Haz click sobre cada nombre
para explorar sus textos

Diego Bandhy

26 años / La Molina, Lima, Lima

Comunicador, interesado en el arte y la tecnología.

Javier Ángel Félix Rosado

43 años / Wanchaq, Cusco, Cusco

Tallerista de arte en zonas rurales.

Jessenia López

27 años / Nuevo Chimbote, Santa, Áncash

Parte de la organización juvenil Red de Imaginación Educativa (RIE).

Katherin Nuñez

30 años / Carabayllo, Lima, Lima

Parte del club de lectura Libros que Muerden.

Lucía Moreno

25 años / Huáscar, San Juan de Lurigancho, Lima

Geógrafa, beneficiaria de Beca 18, parte de la Red Peruana de Ciencia, Tecnología y Género.

Luis Paredes Cusihuamán

27 años / Santiago, Cusco, Cusco

Forma parte del club de lectura del ICPNA en Cusco.

Madelaine Mendoza

27 años / Villa el Salvador, Lima, Lima

Forma parte de la Organización Peruana de Estudiantes de Arquitectura.

Víctor Adrián Muñoz

46 años / Puente Piedra, Lima, Lima

Docente y director de una Biblioteca Itinerante de fomento a la lectura en la zona norte de Lima.

Shalon Chupica

19 años / Villa el Salvador, Lima, Lima

Interesada en el arte y la escritura.

Melissa Reyes

27 años / San Juan de Miraflores, Lima, Lima

Voluntaria de Lima Lee.



Primera sesión

La consigna: elegir una imagen que represente mi propio paisaje, que dé cuenta de un sentido de pertenencia. Narrar una historia breve a partir de lo que esta imagen me deja entrever, creando personajes que movilicen acciones a partir de un conflicto. Reproducir la atmósfera. Recordar que, si la memoria queda incompleta, ingresa la imaginación.

Un Cristo nos da la bienvenida. Le siguen unos angelitos y una avenida adornada de árboles que se divide en calles hacia mausoleos y cárcavas. El piso de mármol enfría los pies, como para demostrar lo que se siente morir. Lo más interesante de los cementerios son los epitafios, primeros poemas a la muerte:

Al bello corazón de Andrea.

Con amor de tus hijos.

A la madre cariñosa.

Y en el nuestro, ¿qué dice?, me pregunta. Leo:

A vosotros, cuyos restos anónimos yacen aquí.

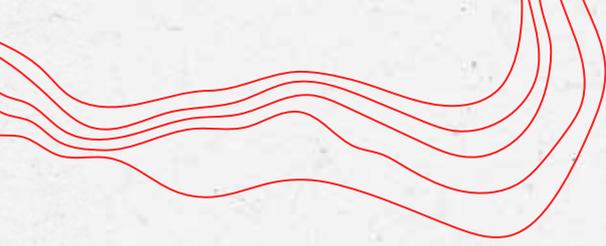
— Yemira Maguiña



Hacia el mediodía en mi selva enmarañada, en el albor del cielo, palmas y bambús adornan el paisaje. En el recreo, los juegos empiezan a hacer ruido, los de enfrente; los míos ni suenan. La madera, la llanta vieja y las leñas con que están hechas las diversiones de mi pequeña escuela apenas soportarían un aguacero más. En el único columpio, meciéndome entre lianas quebradas y el asiento agrietado, escucho: ¿puedes prestarme el columpio? Todavía no lo uso, pronto volveremos a clases, tengo muchas ganas, mis padres vendrán a recogerme a la salida y no me darán más permiso.

Le respondo que sí, que no hay problema, y nos ponemos a conversar como buenos amigos. Siguió: mira esos tontos de enfrente, tienen todos los juegos, columpios nuevos y recién pintados, ni los usan, ellos sí que tienen suerte, son civiles, dicen, a nosotros en cambio nos llaman campos. Le cedí el asiento: esa escuela qué bien se ve ¿no?, de ladrillos y calaminas. Mira la nuestra, ya casi se va caer, de palos viejos y hojas de sachahuasca. Me quedé mirándolo. Nos llamó la maestra.

— Estefani Veli



Hola, me dijo una chica, caminaba con su perro. ¿Sí? No la conocía. ¿Ves al fondo esos árboles en fila que son todos iguales? Resalta uno más alto e imponente, pero me parece pobre porque es horrible, sus hojas desordenadas dan pena y asco, incluso ya no son verdes, parece que se están muriendo. Ya estaba caminando con la chica desconocida en la curva de pavimento que rodea el parque y miraba el escenario con sus mismos ojos. Antes de esta experiencia caminaba por el parque sin verlo. Ahora miraba ese árbol disonante por primera vez.

— Mirella Uribe

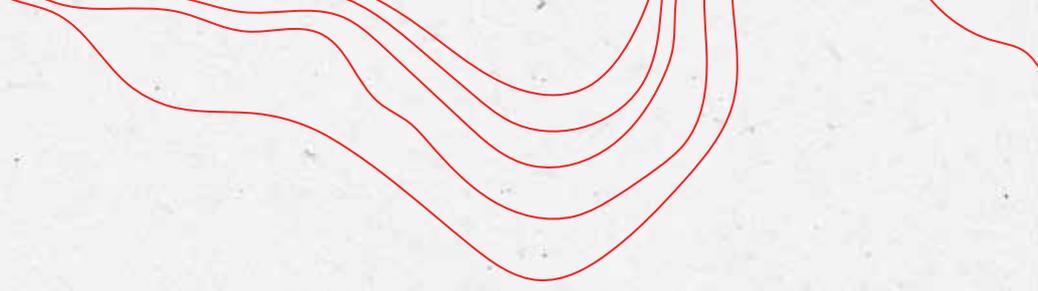
La calle Ayacucho es un caudal de adoquines. Apenas se ven automóviles y transeúntes durante la cuarentena. Luciano regresa a casa. Camina distraído sin reparar en el incandescente sol del atardecer. No lleva la mascarilla puesta. Se la arrancó para besar a su padre. Entre lágrimas vio cómo lo introducían en la cámara de aislamiento intrahospitalaria, una cápsula transparente propia de los libros de ciencia ficción. Prohibieron las visitas. ¿Esa sería la última vez?

— Raúl Romero



...Mañana fría, algunos carros
circulando en la calle, me propongo
cruzarla. Me llama la atención el
diseño de flores amarillas que observo.
Pero qué lindas flores amarillas, todas
formando destellos de luz. ¿Qué habrá
querido representar el paisajista?...

— Gina Pinasco



Giraron por una esquina solo familiar para ella. La visión del viejo edificio la paralizó. Se vio de niña cuando, asomada por la ventana del cuarto piso, señalaba el oxidado pasamanos con la esperanza de que su madre la llevara al parque. Rápido, antes de que su padre regrese. Sin hacer bulla, siempre limpiándose la tierra de los pies antes de entrar. El color se había vuelto pálido, huellas de humedad daban un aspecto marmoleado a las paredes. Los adoquines seguían siendo tan disímiles como las familias que lo habitaban. Si seguían siendo las mismas, lo dudaba. Contuvo la respiración intentando esquivar los recuerdos.

—¿Te puedes apurar?—dijo él.

—Enseguida—respondió ella.

— Eliana del Campo

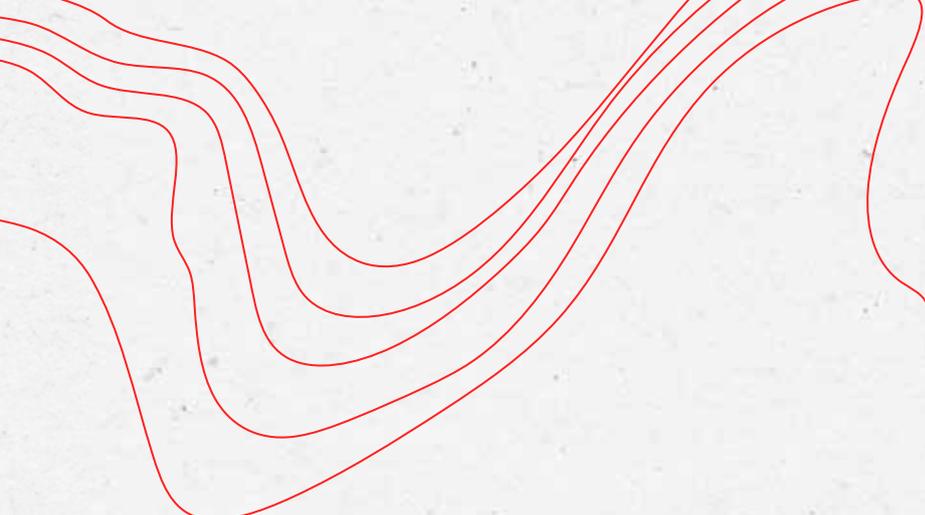
Ninguno se quería ir. Habían dado vueltas por la oscuridad del parque para ocultar su tristeza. Todavía no -sus palabras salieron junto a un hálito húmedo-, hay tiempo. No sabían si se volverían a ver. Vamos allá y le señaló con el mentón los iluminados pies de cemento de Francisco Bolognesi, está libre, sentémonos un rato más. Salieron de la glorieta por el camino resbaloso. Cuidado, alguien viene. Pasó un patrullero, se pusieron la mascarilla y rieron. Prométeme que te cuidarás, una lágrima de llovizna comenzó a invadir sus ojos. Asintió. Ya era hora.

— **Brandon Távara**

Un breve viento rozó mis mejillas y me recordó qué le iba a preguntar. ¿Iremos a la playa este verano? Tardó en reaccionar, parecía que no estaba aquí. Sacudí su hombro, dijo que no lo sabía. Su voz apagada y la mirada desordenada me decían que algo no iba bien.

El camino se hacía más silencioso. Antes de tomar la siguiente esquina, le preguntaré qué le pasa, pensé. Estaba lista cuando sonó mi celular. Era su madre diciéndome: es tarde. Él había volteado la esquina cinco cuadras antes.

— Claudia Ale Flores



Esperaba, estúpidamente, que el amargor adormeciera mis palabras. Sí, palabras, las que sacudieron los hilos del recuerdo. Alisé la casaca negra para no descompasar con el orden del parquet lustrado. Parquet nunca pisado por ella. Intenté con el vino. Mi boca seca no era más que un pretexto. –Mejor siéntate– dijo Inés, aburrida de mi silencio.

De vez en cuando clavaba la mirada en los rostros de las personas a mi lado. Busqué encajarlos en el álbum de los relatos maternos. Acaso intentaba reconstruir a la abuela con esa nimiedad.

— Diego Álvarez



Llega agitada. Esquiva los carros que quieren ganarle tiempo al semáforo, el ruido de los motores le generan jaqueca. Las hojas manchadas de los árboles y el cerco de madera dan privacidad. Lo encuentra sentado. Con el ceño fruncido mira el celular. Y empieza:
Solo ves a tu hija una vez al mes.

— **Diego Bandhy**

La casa del Tayta, en las alturas del pueblo, es muy extraña, pareciera que nadie nunca hubiera estado ahí, está descuidada.

Cada cierto tiempo ella aparece por la ventana, lo sé, la vi cruzando la habitación presurosa, impaciente, como ha estado en los últimos días. Carga la lliclla de coca y papa, luego tira la coca al viento y de pronto aparece él, como un cóndor, sin perturbar al viento, recoge el atado, besa la frente de su amada y se va. Silencio. Ahí vienen, qué miedo si lo saben, la luz se fue, cerraron la ventana.

— Javier Ángel Félix



Sonó el timbre. Con pasos cortos pero veloces sale del colegio, apenas acaban de explotar los gritos de alegría. Mira con determinación la jungla ante sí, es momento de atravesarla. Esquiva a los gigantes con sus coches de compras, sin prestarle atención esta vez a los puestos de coloridos juguetes ni al de golosinas. Se detiene al final de la calle. Con cinco soles y la dirección en la mano espera que se detenga el bus. Es difícil subir las enormes escaleras apoyándose en esas barras pegajosas y frías. Lo logra. ¿A dónde?, pregunta el chofer y busca el papel y no lo encuentra. Vacía cada bolsillo una y otra vez pero no está. ¿A dónde?, vuelve a preguntar apretando los dientes. Comienza a sudar frío, no puede regresar, debe ir a verlo.

— Katherin Núñez

Es mediodía. El calor se mezcla con el polvo que el viento levanta desde el otro lado del cerro:

–Vecina, ¿para qué es la cola?

–Ponte, ponte, dicen que son de Cruz Roja.

–¿Ah sí? ¿Y para qué?

–Han traído lejía para desinfectar, dicen.

–Ah, ya. Ojalá traigan arroz, fideos, lentejas también.

–Sí pues, vecina. Ya con todo esto del coronavirus no sabemos qué va a pasar.

Ermelinda dejó su bolsa de mercado en la delgada vereda. Se ajustó el sombrero, el viento traía un poco de fresco. Aurora llevaba unos minutos esperando antes que ella.

–El Elmer de acá arribita dijo que se regresaba a su tierra.

–¿Qué? ¿De dónde es?

–De... de... ¡Ay! ¿de dónde dijo que era?

–¿Huancayo?

–No, no, creo que era de la Selva.

Mmm... ¡Aystá! La Merced, pasando Huancayo.

–Eso está lejisisísimo, vecina.

–Sí, pues, pero acá ya no tiene trabajo y su mujer lo espera allá.

–¡Ah! no sabía que estaba casado.

–Sí, se vino a probar suerte, pero la obra está paralizada y ya no tiene qué comer.

–Como todos, pues, vecina. Si no fuera por mi hija que trabaja en la posta ya no tendríamos ni un huevo.

–Sí, está feo.

¡Siguiente!, el encargado de Cruz Roja le pide a Aurora que llene sus datos y le entrega una bolsa transparente que deja ver dos botellas de lejía y un jabón. Sale de la cola y se coloca junto a Ermelinda. Llega su turno, mueve su bolsa a un costado y se limpia las manos en la cintura. Llena sus datos y recibe la bolsa. Ambas agradecen y empiezan a subir acompañándose.

–Dame, te ayudo, Erme. Te vas a caer si llevas todo.

–Ni que estuviera tan vieja.

Ambas sonríen. Suben despacio, levantan polvo en cada pisada. El camino de piedras y tierra se hace más corto, pero más pesado con cada metro de altura. Por fin llegan a la pirca de piedras que sostiene la casa de Aurora. Se despiden con un nos vemos. Cada una almorzará arroz con algo.

— **Lucía Moreno**



La entrada al Cusco por el barrio de Santa Ana es un claroscuro. La ciudad se extiende como una sábana recién utilizada. A esta hora, el reflejo de los tejados que avanza hacia los extremos se torna opaco. Mucho más ahí, en quebrada ancha, donde se desparraman unas casitas.

Ana anda presurosa.

—Apúrate, Carlita, ya es tarde.

—¿Tarde para qué, mamá?

— Luis Paredes



Una tarde soleada, abril, los árboles estaban más frondosos, el cielo más claro, los rayos de sol iluminaban las vías y avenidas. Una voz aguda escuché: ¡Juan!, me dijo Pablo, mi hermano, ¡extrañaba mi carpeta, la formación, el recreo con amigos! Lo dijo con ahínco, saltando. Volvió a rechinar el timbre, nos dimos cuenta de que era ya muy tarde, pero no tanto para jugar y pintar. Al compás del minuterero, los muros del colegio deslumbraban con nuestros autógrafos y dibujos.

— **Madeleine Mendoza**



Siempre había escuchado hablar de Ukachi, me sentía atraído por ese nombre tan lejano y a la vez tan cercano que nunca olvidé cuando era niño. Hoy, la selva, las espesuras, develarían su enigmática presencia. Este ser mágico y misterioso revelaría en unos instantes su poder, si era verdad que su boca convencía al búho, que sus ojos atenuaban la noche, que sus manos crujían gargantas y que sus brazos sometían voluntades. La maraña verde y ruidosa brota al enemigo, veo a lo lejos su imponente figura, Ukachi ha llegado adornado de plumas y collares. Mis manos se crispan, empiezo a sudar, mi corazón late con fulgor desconocido, pero no huyo, lo enfrento. Mis ancestros me lo piden, el pueblo lo reclama: soy el curaca de la tribu.

— Víctor Muñoz



Las piedrecillas del camino no dejaban de invadir sus zapatos y, por más que se detuviera a sacarlas, no podía dar tres pasos sin sentir cómo otra se escabullía.

Observaba su enojo con gracia. Él era de tez pálida y cuando se molestaba se tornaba colorado, fruncía el ceño con sus cejas marcadas maldiciendo cada piedra. Yo hacía lo posible por no reírme, mientras disfrutaba del viento frío y silencioso, podía seguir así toda la tarde, pero no sería muy justo para él. –¿Quieres hacer una carrera?-, apostemos quien llega primero con los monos.

–No estoy de humor para eso-, frunció el ceño más fuerte.

–Se lo voy a contar a nuestra madre.

–Dile, al fin y al cabo yo no quería venir con ustedes, ni tiempo para colocarme las zapatillas me dieron.

— Shalon Chupica



Estoy despierto, ante el amanecer
que se deslumbra en tu mirada, en
la vasta vegetación del horizonte a
ambos lados de la escenografía. ¡Qué
repentina exquisitez es la fugacidad!,
el entorno que permite expresar y
significar este sendero, la sombra de
mi camino, la razón de mi existencia a
la luz de tu ser.

— **Melissa Reyes**



Segunda sesión

Para este ejercicio observamos el mismo fotograma: un momento de transición, el instante mismo en que se define un futuro, el cambio, el acontecimiento de lo irreversible. Una persona, de espaldas, en un salón de clase, se aprieta las yemas de los dedos con clips. Esconde una mano detrás de la nuca. Viste una camisa granate con monedas plateadas. Aprender del cine a narrar con imágenes y atreverse a asumir -sin explicación previa y a través de una mirada desprejuiciada- lo que ese fotograma está revelando. Una sola respuesta es posible. Cuando escribo me hago cargo de lo que veo, me escucho y atiando mis primeras intuiciones.



La mentira más linda del mundo es la valentía. Tengo miedo y estoy cansada de aclarar quién soy. Los folios se agrupan por nombres, fechas y asunto. A mí solo me interesa salir por un café y pronto. ¿Cuánto durará esto? ¿Un mes? Mañana es mi cumpleaños. Lo extraño. Extraño sus recuerdos. Pensé en llamarlo. Pedirle que cenemos y brindemos por las buenas decisiones. La batalla de la vida no la he perdido aún.

— Yemira Maguiña



Atrapada en este cuerpo, mi rostro,
mi piel, mi ropa, la bendita manzana,
todo me lo recuerda, estoy perdida, sin
rumbo. El qué dirán de la gente, el qué
dirán de mis alumnos.

En el recreo, entre risas y ruido,
el salón se queda vacío, no salgo,
no quiero salir a compartir, juego,
divisando que nadie esté espiando
entre las ventanas, juego mis manos,
los clips se prestan para alucinar con
ellas cómo serían mis uñas de dama.
Irrumpe la clase y oculto la mano.

— Estefani Veli



Llevaba mi cabello corto y mi blusa favorita. Me humillaste por una pregunta que hice. Bajaste mi cabeza con un apretón en la nuca: los ganchos en tus dedos, la mirada en la mesa sin querer ver a mis compañeros. En este momento fui nada, tú eras todopoderoso. Pero ahora me toca a mí. Otro texto que hice ayer: Hay una mesa con forma de octógono. Encima hay un encendedor y sobras de comida. Ayer tomamos ron con cocacola. Al despertar ya no estaba. Se robó mi corazón y mi billetera; tuvo el suficiente cariño para dejarme mis documentos en un estante. Me gusta pensar que lo hizo por amor.

— Mirella Uribe



Preguntas, respuestas, calificaciones,
decimales. Números. Más números.
Los exámenes son todos iguales. Las
clases son todas iguales. Al término de
este año, todos los estudiantes seremos
un poco más parecidos, pequeñas
balas ordenadas y lustrosas dentro de
una caja. No me conformo. Tengo clips
apretando las yemas de mis dedos para
recordar que hay algo más afuera de
esta jaula.

— Raúl Romero



Maestro, ¿qué te preocupa? ¿en qué piensas? ¿qué cuidas? Tal vez cuidas tu vida como cuidas tu bonita camisa roja con diseños de monedas antiguas. Tal vez cuidas tus pensamientos como cuidas tus bonitas manos que adornas con clips dorados que simulan uñas metálicas. Maestro, ¿qué buscas? Buscas tal vez una idea de cómo te gustaría sentirte alguna vez. ¿Qué intentas? ¿Darle continuidad a tus manos para que encuentren su ansiada libertad?

— Gina Pinasco



Escribir y leer. Instrucciones claras para la clase. Un poema para el Día de la Madre: ocho versos, rima opcional. ¿Y si apenas la recordaba? El rostro en la foto se desgastó con el tiempo. Era su voz, sin embargo, la que escuchaba todos los días. Cuando se burlaban de su ropa. Sé valiente, le había dicho antes de partir. Y ahora que estaba frente al salón, ¿lo sería?
Con el sudor empapando su nuca escuchó la voz de nuevo y susurró las primeras palabras.
–Más alto, Francisco–, le ordenó el profesor.
–Ese no es mi nombre–, respondió ella.

— **Eliana del Campo**



No va a llegar. Falta poco. Lo intuía. Se arrepiente de haber perdido minutos de oro jugando con estos clips. Qué ridiculez. Se arrepiente de haber gastado minutos de plata escogiendo esta camisa. Maldice todo y se soba la nuca. No estudió. ¿Lo hizo alguna vez? Sus compañeros no se ven nerviosos. Eso la pone más nerviosa. También que la hayan sentado en el pupitre del profesor, frente a todos. Siempre es lo mismo, Karina. Se lamenta. Concéntrate. Siempre es lo mismo. No va a llegar.

— **Brandon Távara**



Noches enmudecidas. Se había ido una luz de veinte años, dejando dolor en los corazones. Ahora recorría el pasillo, Lucía, su cómplice, aún llevaba la cabeza gacha como buscando la respuesta de esa pérdida en el frío cemento. Pensó en ir a buscarla a la luz, pero mejor recordarla como era. Libre y fuerte. ¡Hazlo porque te lo mereces, no porque te merecen!, le había dicho Nela, poco antes de... Caminó tres pasos más y le hizo caso, en el salón 211, frente a veinte carpetas.

— Claudia Ale Flores



Necesitaba ocultar la risa. La prueba reclamaba un mínimo de reserva por lo que no dudó en hundir su papel protagonista. Su mano izquierda inclinaba la cabeza sugiriendo que revisara el celular apretado en el bolsillo del jean. El tiempo pareció detenerse. El aire pesado. ¡Ridículo!, dijo, tras revisar el nuevo mensaje. Empezaron a temblar sus dedos. Una sustancia pastosa inundó el aparato. Todo lo que podía producir la palabra del padre. Golpeó la mesa esperando depurar lo siniestro de la memoria.

— **Diego Álvarez**



Se agacha, respira, abre y cierra los ojos. El cabello rapado se humedece. Los imperdibles le aprietan la yema de los dedos. Piensa cómo ordenar cada secuencia. Mantiene la cabeza baja, al frente tiene al jurado. La camisa con diseño de pijama no abriga lo suficiente. Quiere hacerlo bien, el tiempo continúa avanzando en su contra. No sabe cuál es la respuesta indicada.

— **Diego Bandhy**



El joven se aburre mucho y una divertida forma de pasar el tiempo es lanzar clips a los compañeros. Tiene que sacar buena nota y aunque no quiera tiene que aprender. Hace una pausa a su diversión, intenta acabar la tarea del pasado perfecto, ya casi termina la clase en la escuela.

— Javier Ángel Félix



No importa el lugar que ella elija para mí. Delante o detrás de la clase. Cree que la humillo por la decisión que tomé. Evita mirarme. Lo que ve, la avergüenza. Siempre busca dejarlo en claro ante los demás. Me presiona, cada día me presiona más, quiere que retroceda. Necesita ver mi ropa de antes y mi cabello largo para reconocermé. Yo ya no logro reconocerla. Nuestro pasado se vuelve borroso.

— Katherin Núñez



Ya habían pasado dos semanas y ella seguía siendo la alumna nueva. Extrañaba mucho su casa, sus abuelos, su ciudad. Quizá por eso decidió usar la blusa roja que le regaló la abuela. Mientras recordaba sonrió. Volvió a resolver las ecuaciones.

— **Lucía Moreno**



Juana intentaba hilar dos palabras con algún sentido: ¿cómo influye la insulina en el ritmo cardiaco? ¿Sujetar sus yemas con los clips era la única forma de no arrancarse el cabello? Estaba corto. No parecía ser el problema ahora, sino la seguridad con que los demás parecían conocer las respuestas. ¿Nos vemos el sábado? No estoy segura, estudiaré para el susti. Pero si apenas es el primer parcial. Y ya pinta sombrío. Te llamo luego.

— Luis Paredes



Una fuerza estimulaba mi mente,
buscaba sentir libertad, toqué fondo,
observé cientos de miradas a mi
alrededor, no supe qué decir, respiré
dos veces, aquí estoy.

— Madeleine Mendoza



Cada vez que el profesor recuerda esa parte de su vida, la encuentra con los años, divertida. La penuria que pasaba al revisar los exámenes finales era agobiante y llena de adrenalina. Papeles, lapiceros, regla, textos nombres, apellidos, notas y registro desfilaban por sus ojos. Los cientos de pruebas que pasaban por sus manos parecían engendros galopantes que buscaban arrollarlo y aplastarlo. Esa mañana se rebelaría y no perdería los papeles ante el mundo impreso de preguntas y respuestas.

El aula, un loquerío, eran las pruebas finales, el tiempo apremiaba, la hora de salida se acercaba, los minutos se reducían a segundos y los papeles se amontonaban cubriendo el escritorio de líneas. Tenía que solucionarlo o se quedaría solo en el colegio. El profesor tomó los dos libros que siempre lo acompañaban, esta vez, para poder sacar sus mejores armas, los clips. Gracias a ellos pudo sortear la revolución de papeles que se querían sublevar y cada uno se acomodó en el lugar que él designó. Pasados los años, el profesor recuerda los clips salvadores que formaron un arco iris y lograron ordenar la lluvia de papeles.

— Víctor Muñoz



Qué expresión tan sublime existe en
tus manos que sorprende a todos.
Que existan grandes reflexiones en
la audiencia es tu gran desafío. Lo
resplandeciente de tus manos, las
reflexiones de tu ser. Es la gran marca,
la evidente señal de autenticidad.

— **Melissa Reyes**



Tercera sesión

La propuesta es hacer un cruce. Encontrar la intersección entre la propia historia y un hecho que haya sido noticia en el Perú. Relacionar. ¿Cómo afectó mi biografía al punto de alterarla o modificarla para siempre? ¿Crisis, trauma, peso, algo con lo que he aprendido a convivir o no? ¿Hubo epifanías?
Apelar a la memoria asociativa y ampararme en el fragmento.



Veo la televisión y mi cerebro estalla.
Un hombre agoniza y nadie lo
defiende.
La justicia popular no la conocía.
El aire ensangrentado invade mi nariz.
Mis ojos no conciben el homicidio
colectivo. Su cuerpo débil rebota en el
pavimento. No puedo gritar. Cruzo mis
manos adolescentes en el pecho.
El hombre de la tele murió.

— Yemira Maguiña



2004 en la selva central.
Hoy es día de paseo, dice mi madre,
como todos los sábados.
Caminando hacia el parque oigo bulla.
Me desvíó de la mano de mi madre, me
inmiscuyo entre la multitud, llego al
local comunal, entre las grietas de la
madera, logro ver lo que hacían dentro.
Unos señores decían: ¡Habla perro!,
¿Dónde está lo que te llevaste?, seguro
ya los vendiste.
Se hallaba un muchacho colgado de los
pies, su nuca rozaba el suelo, azotes
iban y venían.
Volví hacia mi madre: Mamá quiero
ser buena, encontré estos centavos en
casa, tómalos.

— Estefani Veli



Escuché de mis tías que era peligroso llevarme al aeropuerto. Justo lo habían capturado, algo podía pasar. Mamá iba a llegar de Inglaterra por esos días. Tuve miedo. Seguro ese hombre podía hacerme algo malo a mí que era una niña pequeña. Después de todo este tiempo, mi madre me recuerda siempre que no quise ir a recibirla cuando llegó de su largo viaje. Yo creo que la culpa fue de Abimael Guzmán.

— Mirella Uribe



El 23 de junio de 2001, después del almuerzo, un terremoto de 6.9 grados sacudió Arequipa. Estábamos en la celebración del matrimonio de Jorge. Entonces papá estaba vivo, se había sentado a mi costado y, como pocas veces por aquel tiempo de carencias, se le notaba contento. Reía a carcajadas viendo al amigo de Philippe imitar a Toledo. No sabíamos que en pocos meses perderíamos nuestra casa y empezaría la etapa más dura de nuestras vidas. El movimiento empezó suave, rítmico, lo acostumbrado en esta ciudad telúrica. La agitación tomó una fuerza desmedida, brutal. Entre los gritos y el crujir de platos y vasos se percibía un rumor oscuro. Mi madre me abrazó y rompió en llanto. Un mozo soltó la bandeja que llevaba en las manos y trepó a un árbol del jardín.

— Raúl Romero



Hoy culmina el año escolar y emprendo el retorno a casa junto con mi hermanita. Nos alegramos por el inicio de nuestras vacaciones ya que nos esperan aventuras en la hacienda de la abuela. Durante todo el camino jugamos en los charcos que dejó la lluvia torrencial de la noche anterior. Llegamos a casa, nos recibe nuestra madre apurándonos para almorzar un delicioso inchicapi, mi sopa favorita. Ya en la mesa, mi padre, muy preocupado, nos dice que nos quedan tres días para empacar y emprender viaje hacia Lima. Pregunto: ¿de vacaciones? Mi madre me toca el antebrazo: esta vez nos mudamos. Hoy, después de 40 años, entiendo que el viaje era definitivo.

— Gina Pinasco



Verano del 98.

En la mañana gris habían venido juntos a recogerme. Solía venir solo mi mamá. Corrí a los brazos de mi padre, la lonchera bailaba. Me alzó y me puso sobre sus hombros. Mi madre me calzó el impermeable de Mickey sobre el uniforme. Sujétate fuerte del cuello de tu padre, dijo. Mi jardín era una isla en medio de una ciudad-río. Un nido de polluelos atemorizados por la inusual lluvia que caía sin tregua desde el día anterior. Y yo era alta, más alta que mi padre, más alta que cualquiera. Afuera, vereda y pista se fundían en el mismo barro. Mis padres avanzaban en silencio. El agua a veces le llegaba a la rodilla; otras, hasta la cintura. Yo aprovechaba para oler el cuello de papá. No había muchas oportunidades para hacerlo. Llegamos a casa. En la entrada antes reluciente de la señora del primer piso, había un bulto con ropa. Mamá se asustó. No mires, no la dejes mirar, Juan, dijo, mientras extendía su casaca mojada. Pero yo no podía dejar de ver. Diecinueve años después cae la misma lluvia, la ciudad es el mismo río interminable, viene por mí la sonrisa hinchada de aquel muerto.

— Eliana del Campo



Sentí el hocico de Draco
empujándome el brazo. ¿Qué pasa?
El sofá comenzó a surfear. Quise
correr, pero el suelo me sujetaba
los pies. Con nueve años a cuestas,
cargué a mi perro de quince kilos,
busqué a mi hermana y llamé a
mi abuela. ¿De dónde salía esta
serenidad? Recordé: mamá, papá.
Vamos al parque, mamita. Mi abuela,
marcándome su mano en el brazo,
no me quiso soltar. ¡Tu mamá ya está
muerta!, gritó el vecino desquiciado.
¡Es el fin del mundo!, gritó su hija.
A las mil horas llegó mamá gritando
mi nombre a las sombras. ¡Aquí
estoy! Volvió mamá y el mundo
volvió a ser mundo.

— Brandon Távora



Esos días familiares que hacía mucho tiempo no teníamos. Tres días caminando descalzos en la arena, sintiendo el sol sobre nuestra piel y respirando el mar. El domingo había llegado y aunque estábamos cansados, no parábamos. Mientras limpiaba la arena que se había asentado en la entrada, escuché voces impacientes. ¡Tenemos que irnos ahora mismo!, dijo mamá. Mi tía aumentó el volumen del televisor y puso los ojos grandes. Era el presidente, hablándole a la nación con un rostro de angustia. La desesperación tomó lugar y hacía ver todo como si una avalancha estuviera acercándose a nosotros. Todos querían regresar a la ciudad, pero el abuelo se había llevado el carro, no había cómo volver. Con la mano en la nuca, trataba de calmar a todos. Nos quedamos esa noche y, al día siguiente, cuando todavía parecía ser de noche, mi mamá con todas las cosas listas en la sala, nos sacó de la cama. Tropecé, todos corrimos, subimos a un colectivo, llegamos a la ciudad. Nos despedimos hasta hoy.

— **Claudia Ale Flores**



No puede haber peor día para cumplir años. Ocho. Era ingenuo, quizá optimista, pensar que en los siguientes recibiría algo. No te ilusiones, dijo mi madre, antes de salir a la universidad con la risa cómplice de su esposo. Fuimos juntos como pocas veces. Nada más tedioso que buscar la mesa de votación en la selva de humanos.

¿Una cruz en la olla?, pensé mientras entró cada uno en la cámara de decisión. Al salir, me soltaron las manos preparándome para el futuro inmediato, ahora lo creo. La pista de volantes. El sol golpeando las pieles. En días o semanas, irrumpiría en casa José y con él las demandas al hermano mayor.

— **Diego Álvarez**



Escribía horas, citas, reuniones,
conferencias. La agenda de siempre.
Por el celular miraba calles
desiertas en China y qué exagerados,
pensé. Continuaba con mi trabajo.
Respondía mensajes y terminaba los
pendientes. Por el televisor las colas de
supermercados en Lima se extendían
por cinco cuadras. Terminaba el café y
el presidente confirmaba un encierro
del que no salimos. Hoy miro las
pantallas para recordar. La agenda se
convirtió en el objeto más irrelevante.

— **Diego Bandhy**



En medio de la inmensidad, el aire parece faltar, el mínimo esfuerzo me causa gran fatiga, no puedo más, me repite el corazón, a cada paso que doy las fuerzas me abandonan. El viento denso y escaso de la montaña recorre mis venas como si buscara un lugar donde descansar. Detenerme a pensar mientras continúo me trasporta a un mundo de perfección, como este río vivo y hermoso que fluye sin parar, sin detener su paso ante nada, que rompe el granito duro de este valle que ya voy dejando atrás.

De pronto me emociona ver la paz de las alturas, la luz resplandeciente que me llena de vida, me gusta ver bajar a los amigos para darte el alcance y ayudar con la carga pesada, me emociona haber llegado una vez más, me da gusto reunirme con ustedes, me alegra volver a verlos, hermanos míos. Ha pasado mucho tiempo.

— Javier Ángel Félix



Un furioso niño costero toca nuestra puerta. Siete de la mañana, marzo de 2017. Terminaba de ducharme, había temperado el agua. Lxs norteñxs sufrimos al adaptarnos a Lima siempre húmeda y gris. La hora corría presurosa. Caminé muy rápido. Pasé rauda por la sala. Escuché una voz tétrica desde el televisor: cierre de carreteras por efectos del niño costero. Miles de familias perdieron sus casas, desaparecidos, dolor, cultivos, arrasados por un caudal que sin piedad aferraba todo a su paso. Una corriente invadió mi cuerpo, era muy grave lo que pasaba: reconstruir las vías de acceso tomaría tiempo, mi mente remecía. Me cuestionaba qué haría yo más días en Lima. Mi abuelita de avanzada edad necesitaba muchos cuidados. No podríamos regresar a casa como mínimo en un mes. Lo que sería una semana de viaje de visita familiar, nos obligaba a intentar adaptarnos entre la incertidumbre y el dolor.

— **Jessenia López**



La rutina de poner la mesa, siempre acompañada de las noticias, esta semana se convirtió en múltiples ataques. Escuchar sobre la marcha me carcomía los oídos. Me golpeaba por dentro. También me acusaban a mí. Estuve ciega. El no permitir que trabajase, dejar que fuera menospreciada. Soy cómplice. Yo lo permití. Ahora, ¿cómo junto sus pedazos? Aún no puedo volver a encender el televisor.

— Katherin Núñez



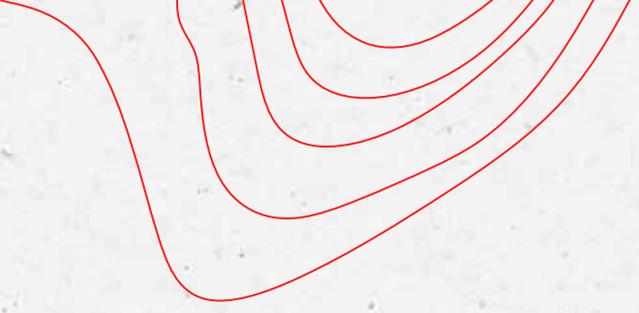
Agosto de 2007. Estaba en primer año de secundaria. Recuerdo muy bien el salón. Era amplio, el piso rajado, las carpetas marrones en hileras donde nos sentábamos de a dos. Estaba en el segundo piso, al fondo. Nos habíamos quedado hasta tarde. Salíamos, estaba casi completamente oscuro. Las luces de los postes ya estaban encendidas con ese anaranjado brillante que siempre me pareció una mala imitación del sol. El auxiliar cerró la puerta. Empezamos a sentir el movimiento. Ella y yo nos quedamos heladas. Empezó lento y poco a poco se hizo gigante. Paró. Nos asustamos. Empezamos a bajar corriendo al patio. Ya pasó, pensé, en las escaleras. Ella ya había bajado. Empezó de nuevo y esta vez no fue lento. El gigante llegó de golpe y lo sasmaquéo todo. Por un minuto sentí que todo se paralizaba. Logré verla arrodillada en el piso llorando. Alrededor, el cerro se veía imponente, las piedras caían. Los postes parpadeaban como chispitas mariposa. Solo me quedé parada. Pensé en mis papás, pensé que quizá ya estaría con ellos de no haberme quedado. Creí que todo se acabaría. De pronto, silencio. Me di cuenta de que no era el mundo, era yo. Volví a oír. Los perros ladraban, las sirenas sonando y ella, aún desesperada, llorando. Reaccioné. Le agarré de los hombros y le dije: Ya pasó, vamos, ya pasó. Aún con las piernas temblorosas y el corazón en la garganta fuimos a la puerta principal. Salimos.

— **Lucía Moreno**



Buscar la vida. Allá, escombros a
escombros. Aquí solo un susto. Todos
los vecinos fuera. Cusco. 7 grados.
Pisco. Este ha sido fuertecito, ¿no?
Mientras los postes prueban la tensión
de sus cuerdas, John trastabilla
bajando las gradas. No, es algo más.
Me levanto raudo del escritorio. Pum,
pum, pum. No, es algo más. Inclino la
silla y poseo el escritorio con febril
inconstancia. Tranquilo Luis. No, no
es una fuerza natural. Mi escritorio
tiembla imprecisamente.

— Luis Paredes



Una tarde repentina, 18 horas, los dulces
cayeron al suelo, las computadoras se
apagaron, caminaba hacia la puerta,
gritos, los chicos corrían, las ventanas
rechinaban, el aire te botaba. Oscureció,
el suelo volvió a sacudir, me sentí rara,
a medio camino a casa, la palpitación
se acelera. Reacciona, me dije, mi
hermano, corrí hacia allá.

— Madeleine Mendoza



El escenario de gripe que desconocía en aquel tiempo se desencadenó en incertidumbre y zozobra en el país. Después de once años me encuentro en el mismo escenario. Este suceso cambia el transcurso de mi formación académica, cambia el futuro.

— **Melissa Reyes**



**BICENTENARIO
PERÚ 2021**

www.bicentenario.gob.pe



Bicentenario del Perú
@Bicentenariope
#BicentenarioPerú